

Diego López Pacheco, Marqués de Villena y Duque de Escalona (que fué el primer grande de España que pasó á Indias por virrey), y fué por obispo de la Puebla y Visitador general de la Nueva España, Don Juan de Palafox y Mendoza, que con capa de santidad, causó hartas alteraciones y alborotos en los dos estados, eclesiástico y secular, encontrándose con el Arzobispo y algunos obispos, con la Inquisición y con los virreyes, que le alcanzaron, y particularmente con las religiones, causándoles muchos desabrimientos y disgustos. Y en este tiempo se puso la armada de Barlovento contra los corsarios, para la seguridad del comercio de la Nueva España; y se admitió el papel sellado en todas las Indias.

Introducción del papel sellado.

CAPTULO CCXCVI.

En que se trata de la vida y muerte del padre Fray Marcos de San Juan, y de la elección del padre Fray Diego Carrasco, provincial de la provincia de Xalisco.

Año de 1642.

Este bendito religioso nació en las minas de Xocotlán; fué hijo de padres muy honrados y virtuosos, y como tales, le criaron con mucho cuidado dándole estudios. Graduóse en el siglo en artes, y después estudió Teología. En el siglo vivió con aprobación de todos los que le comunicaban, por su modestia y compostura. Fué administrador de haciendas gruesas de caballeros y gente ilustre, en Orizaba, donde de una caída que dió, llegó á lo último, hasta perder el sentido; y después que el Señor fué servido de restituírsele y que volvió en sí, propuso entrar en la religión de N. P. San Francisco; y habiendo ido de aquella tierra á la ciudad de Guadalajara en prosecución de su intento, se lo impidió el Sr. D. Alonso de la Mota y Escobar, que

era obispo de aquel obispado, haciéndole su mayordomo, el cual oficio usó á toda satisfacción del dicho señor obispo, y cuando le llegó promoción para la Puebla, lo quiso llevar consigo, y él se excusó, quedándose ya ordenado de sacerdote y por cura de todos los reales de minas de Hostotipac, de donde, dejándolo todo después de haber puesto en estado algunas deudas suyas, tomó el hábito de N. P. San Francisco, cumpliendo lo que había prometido á Dios, dando con esta acción tan buen ejemplo, como le había dado en el siglo con su cristiano proceder, donde le tenían veneración por su virtud, y apacible y amable proceder con todos. Estando en la religión, fué de virtud en virtud creciendo en el servicio de Dios, y así todos los santos y antiguos viejos deseaban tenerle consigo; y estuvo en la compañía de algunos mucho tiempo, con bonísimo ejemplo y enseñanza de los naturales, por ser muy buena lengua mexicana. Después fué llamado para maestro de novicios y vicario del convento de San Francisco de Guadalajara; los cuales oficios ejercitó con mucho cuidado criando religiosos esenciales, que después gobernaron laprovincia todos los más, enseñándoles con mucha virtud, ejemplo y caridad, como todos los que le experimentaron lo decían; y habiendo tenido el oficio de maestro loablemente muchos años, le eligieron guardián de muchos conventos, llevándole por su guardián algunos santos viejos. Tuvo cinco hermanos religiosos; cuatro de la orden de N. P. San Francisco y uno de San Agustín. Entre muchas y singulares virtudes que la Majestad de Dios le comunicó, fué una la perfecta guarda de la regla que profesó, la cual leía todos los días, y los viernes dos veces, para que no le faltase de la memoria su obligación. Fué tan verdadero obediente, que no sólo obedecía lo que le mandaban, sino también aquello que él presumía sería de gusto ó mandato del prelado, y se comedia á hacer cualquier cosa por baja que fuese, sólo por excusar de ella al guardián. En la administración de los Santos Sacramentos, que ejercitó devotamente, porque era excelente ministro, muy curioso, gran eclesiástico, y ceremoniático fué muy insigne, todo lo cual hacía por Dios y por excusar de trabajo

á su guardián, aunque fuese menos antiguo que él, y de los religiosos que crió, considerando que era su prelado. Los días festivos decía la misa mayor, y predicaba, aunque fuese á las doce, siendo, como era ya, de setenta años; y con fin y celo de la salvación de las almas, fué entre los indios chichimecos y tephuanes, y vivió tres años y medio entre ellos por aquellos riscos, donde hizo mucho fruto espiritual, y trajo de paz muchos indios capitanes de aquella serranía, y los presentó en la Real Audiencia de Guadalajara con edificación de aquellos señores y de todos los que de esta acción supieron, y procuró reducir los indios alzados de Quiviquinta, y fundar el convento que allí estaba, en Guaxicori, por ser tierra llana y de mejor comarca, á donde estuvo predicando y doctrinando á aquellos bárbaros, hasta que fué el padre Fray Francisco de Fuentes.

En el voto de la pobreza fué extremado, porque fué pobrísimo en el vestir y en todo lo demás, y muy abstinentemente en el comer, á que le acudían algunos bienhechores estando en la sierra; y fué misericordia de Dios que los mismos indios bárbaros le daban de lo que cogían de sus frutos, aunque si convenía, los castigaba, sin recelo de que le quitasen la vida, por lo cual muchas veces la tuvo en peligro; y cuando algunas personas le encomendaban misas, nunca recibió la limosna en dinero, sino en aquello que necesitaba para su sustento y vestuario, y si le daban más de lo que había menester, lo daba al padre guardián de donde vivía. Fué también castísimo, y siempre estaba retirado en su celda, sin comunicar á nadie de fuera, aunque fuesen parientas suyas y muy conjuntas, salvo si la necesidad lo pedía, porque era muy caritativo, cortesano y bien criado, y se compadecía mucho de todos los que le comunicaban algún trabajo, ó le habían menester.

Fué muy humilde y piadoso, y jamás murmuró de nadie ni consintió que en su presencia se murmurase, aunque la persona que hablaba fuese grande, oponiéndose con buen modo y retirándose. Después de media noche para abajo, comenzaba sus santos ejercicios, y santas devociones, y rezaba fuera del oficio divino, el de Nuestra Señora, de difuntos, del Espíritu Santo y de

la Cruz, cuando esto era permitido. En esto y la preparación de la misa, se detenía hasta las nueve del día poco más ó menos, después de lo cual, iba á celebrar con toda buena preparación y confesión, y decía la misa con gran sosiego y devoción y después de acabada, daba gracias, en que gastaba algún tiempo más del ordinario, las cuales dadas, subía á la celda y gastaba el tiempo que quedaba, en rezar muchos rosarios hasta hora de comer, y si acababa antes, comunicaba tal vez al religioso que veía apacible, y si le parecía que no era muy modesto, le componía, enseñaba y persuadía á todo lo bueno, con suavidad hasta reducirle, ó se desviaba de él si veía que era infructuosa su doctrina. Jamás tuvo mal concepto de nadie, y aunque supiese de oídas algunas cosas de alguna persona, nunca se persuadía á que fuese así, y procuraba divertir de ello á que se lo refería; con que era sumamente amado de todos. A los sacerdotes mozos les enseñaba ceremonias y á administrar los Santos Sacramentos, y les instruía también en la lengua mexicana, haciéndoles confesonarios en ella, para que ayudasen á los pobres naturales. Estas y otras obras heroicas hizo en el discurso de casi cuarenta años que estuvo en la religión, y así fué su fin y muerte, conforme á la vida santa que vivió, porque habiéndole dado la guardianía de Yahualulco, sintiéndose achacoso de enfermedad, la renunció, como renunció otras muchas veces la guardianía de Sayula, Acaponetta, Axixic y otras, excusando estos oficios y otros mayores, siempre, y si los admitía por algún tiempo, era obligado ó rogado, por dar gusto y obedecer. Así que se le agravó la enfermedad de la muerte en el sobredicho convento de Yahualulco, se confesó muchas veces y recibió con gran devoción todos los Santos Sacramentos, y tomando un Santo Cristo en sus manos, no le dejó ni de día ni de noche ni por un instante, el tiempo de cuatro meses que estuvo en cama, representándole su miseria y pidiéndole misericordia, hasta que dió su bendita alma á su Criador. Tuvo en la enfermedad tan rigurosas calenturas y otros males, que á pedazos se le cayeron las carnes, y jamás lo dijo á su hermano Fray Bartolomé de Villatoro, que por su renunciación

era presidente del convento, ni á otra persona; y haciéndole su hermano cargo de esto, le respondió, que lo poco que había padecido en aquella cama, ofrecía á aquel Divino Señor con cuya preciosa Sangre había sido redimido; y estando con tan prolija enfermedad, nunca usó de lienzo ni consintió que se le pusiesen en la cama, como tampoco lo había usado todo el tiempo que fué religioso, sino que siempre estuvo con su hábito puesto, y después de haberle encomendado el alma, dijo á su hermano, en cuyas manos murió, que pues era la voluntad de Dios que muriese, humildemente le ofrecía aquella muerte; y viéndole su hermano tan quieto y sosegado estando tan próximo á la muerte, le pidió que se acordase de él, pues lo dejaba solo, destituido de su amparo y santa compañía, á lo cual respondió con grande afecto y humildad cogiéndole de la mano, que si Dios compadeciéndose de él, le pusiese en buen puesto, que con mucho amor le pediría por él, pues no tenía más padre ni madre; y poniendo los ojos en una imagen de Nuestra Señora, que tenía en estampa de papel, y suspendiéndose un rato en mirarla y rezar en voz baja, dijo: "ayúdame hermano," y fijando los ojos en el Santo Cristo, echado de espaldas, diciendo tres veces "Jesús, María y José," y otras tres el Credo, se quedó inmóvil sin mudamiento ni mas acción que si estuviera vivo. Fué su muerte año de 1642; y habiendo dado ya su bendita alma á su Criador, quedó con los ojos abiertos sin soltar al Santo Cristo de la mano, conque los que se hallaron presentes quedaron muy edificados alabando al Señor, y envidiando tal vida y muerte.

En este año, habiéndolo acabado su oficio de provincial el Padre Fray Melchor de Castañón, fué electo en ministro provincial de la provincia de Xalisco, el P. Fray Diego Carrasco, el cual murió antes de un año.

CAPITULO CCXCVII.

En que se trata de la vida y muerte del bendito padre Fray Francisco Tabares, religioso lego.

Año de 1642. El P. Fray Francisco Tabares, fué hijo de Enrique Tabares, portugués de nación, el mayor médico y cirujano que entonces se halló en las Indias. Nació este siervo de Dios en la ciudad de Tzacatecas, y tuvo por nombre en el bautismo, Leonardo, y habiendo ido su padre por médico á la ciudad de Guadalajara, tomó el hábito en el convento de N. P. San Francisco de aquella ciudad, en el cual vivió sin salir de él, hasta que murió, en cincuenta años que tuvo de religión, si no fué á ejercer la caridad ó enviado por la obediencia. En la profesión mudó el nombre de Leonardo en Francisco, por la devoción que tuvo á nuestro Seráfico Padre, al cual procuró imitar con toda vigilancia en cuanto le fué posible. El ejercicio que tuvo en todo este tiempo, fué el de enfermero mayor, médico y boticario, por lo que le había enseñado su padre, y también era cirujano y barbero excelente. Algunas veces le ocupó la obediencia en pedir limosna, en el ministerio de la cocina y otros oficios de humildad, en los cuales se ejercitó con mucha caridad; era muy entendido y siempre tuvo consigo una alegría espiritual, con que alentaba á los enfermos, porque en eso era muy entendido. Amábalos, sufríalos y servíalos con extraño gusto, amor y caridad. La botica la tuvo siempre con mucho aseo y limpieza, y en sus manos, fué la mejor de la ciudad. Los más de los medicamentos gastaba con los pobres necesitados, que no los podía negar por su mucha caridad, como ni el acudir, como acudió, á las enfermedades de toda la ciudad, de día y de noche, especialmente á los pobres, cuyo padre era; y así su muerte fué sentida y llorada de todos. Cuando era llamado

algún religioso enfermo de alguna parte de la provincia, iba con todo gusto y amor llevando los medicamentos necesarios, y los curaba; acudía con mucho cuidado á las enfermedades de los indios de esta comarca, siendo verdadero padre de todo género de pobres; fué un religioso á quien debió mucho toda la ciudad de Guadalajara, y siempre sin interés humano, por pura caridad, acompañada de perfecta humildad. Sus confesiones sacramentales siempre fueron muy continuas, acompañadas de lágrimas y suspiros demostrativos de su dolor interior; fué pacientísimo, sufriendo con alegre rostro algunas condiciones rigurosas, así de prelados, como de enfermos y viejos; y lo que en él lució más, la honestidad y castidad, porque jamás manchó su alma ni cuerpo con cosa torpe, según que lo declaró en el artículo de su muerte, y lo manifestaron siempre sus conversaciones, que eran muy religiosas y honestas, y con el buen ejemplo que dió en tan dilatada carrera y vida tan activa, en que sobresalió la divina bondad, sirviéndose Dios Nuestro Señor de acudir á éste su siervo con grandes auxilios. Su muerte se le ocasionó de ejercitar la caridad, porque habiendo salido á la ciudad á visitar á dos personas nobles, honradas y pobres que estaban enfermas de tabardillo, se le pegó este mal y murió de él, con mucha preparación como tan gran religioso, habiendo recibido los Santos Sacramentos con mucha devoción, asistiéndole todo el convento, pagánole en afecto lo que tanto le debió en obras y servicios.

CAPITULO CCXCVIII.

En que se trata cómo fué por presidente de Guadalajara y gobernador de la Galicia, el Licenciado Don Pedro Fernández de Baeza, y de la elección del P. Fray Miguel de Avalos en vicario provincial de aquella provincia, y de otras cosas.

Año de
1643.

Presi-
dente
crillo.

El año de 1643, por muerte del Doctor D. Juan de Canseco y Quiñones, fué por presidente de la Real Audiencia de Guadalajara y gobernador del Nuevo Reino de la Galicia, el Licenciado Don Pedro Fernández de Baeza, que al presente vive; natural de la insigne ciudad de México, donde estudió las primeras letras, y de allí pasó á Salamanca, y habiendo acabado sus cursos, sustituyó cátedra en aquella Universidad, y regentó en ella; y después S. M. le hizo Alcalde de casa y corte, y juez de obras y bosques en Madrid, donde habiendo ejercitado sus oficios algún tiempo, le envió S. M. este año al dicho oficio.

Ele-
cción de
vicario
provin-
cial en
Sayula.
Año de
1645.

Murió el provincial Fray Diego Carrasco, martes dos de junio, víspera del Corpus, y por su muerte fué electo en vicario provincial el P. Fray Miguel de Avalos, á 21 de junio, en el convento de Sayula.

Este año, con diligencia que se hizo en los libros reales, de la Caja de la ciudad de Tzacatecas para saber qué cantidad de plata se había quintado desde que se poblaron las minas, se halló por ellos, haberle valido á S. M. los reales quintos hasta este dicho año, de diferentes personas, así mineros de azogue como fundadores y zendradas en fuelles, veinte y nueve millones, cosa que todos los reales de minas de la Nueva España juntos, no han dado á S. M., según que personas que tienen noticia de los reales de minas, han dicho.

Habiendo acabado su oficio el P. Fray Miguel de Avalos, fué electo en provincial el P. Fray Blas de Mendoza, natural de la ciudad de Guadalajara.

^{Año de}
1646. Habiendo hecho S. M. obispo de la Nueva Galicia al P. Juan Vélez de Zavala, religioso de los clérigos menores, que no habiendo querido la Santidad de Urbano VIII pasar la gracia, por no dispensar en el voto que los religiosos de aquella orden tienen hecho de no admitir ni pretender obispado, presentó la majestad de Felipe IV por obispo del dicho obispado, al Doctor D. Juan Ruíz Colmenero, natural de Budia, hijo de Pedro Colmenero y de Doña María Ruíz; el cual estudió en la universidad de Alcalá 24 años, y fué colegial en el colegio Mayor de San Ildefonso, y se graduó de Licenciado y Doctor, y catedrático de Filosofía, regente de las cátedras de *Prima y Visperas* de Teología y examinador de licencias y grados, y lector de la Universidad y Colegio; al cual ordenó de epístola, evangelio y misa, D. Fray Miguel Abollán, fraile francisco, obispo de Siria, y después fué canónigo magistral de la santa iglesia de Ciudad Rodrigo y de la de Sigüenza; de donde le sacó S. M. presentándole para el dicho obispado. El año de 1646, hizo el juramento de la fé en manos del Illmo Nuncio D. Julio Respillosi. En treinta de enero del mismo año, partió para su obispado, y consagróle el Illmo y Rmo. Señor D. Fray Marcos Ramírez de Prado, fraile francisco, obispo de Mechoacán, en el convento de Santa Catalina de Sena, de religiosas dominicas, de la ciudad de Valladolid, el cual vive hoy.

CAPITULO CCXCIX.

En que se trata de la vida y muerte del hermano Fray Juan de Jesús, indio donado.

^{Año de}
1647. Siendo obispo de Guatemala D. Fray Juan de las Cabezas religioso de la orden de N. P. Santo Domingo, admitió en su

servicio á un muchacho indio, huérfano, llamado Juan, por haberse muerto su padre y madre; y como el obispo era siervo de Dios, le crió con mucho amor, enseñándole buena doctrina y cristiandad, y trayéndole tratado. Había sido Fray Juan de las Cabezas, provincial de la provincia de Santo Domingo de la Isla Española, y de allí fué promovido al obispado de Cuba, y del de Cuba al de Guatemala, el año de 1611, por muerte de D. Fray Juan Ramírez, de la misma orden; gran defensor de los indios y santísimo varón. Después de muerto D. Fray Juan de las Cabezas, viéndose el indiecito Juan descarriado y privado de tan gran padre y madre, y que no conocía ni tenía pariente en aquella tierra, se vino á la Nueva España; y habiendo llegado á la Puebla, viéndole los religiosos virtuoso y modesto, de buen natural y bien inclinado, determinaron darle el hábito de la Tercera Orden de N. P. San Francisco, para que fuese donado y sirviese al convento; el cual recibió con mucha devoción, y sirvió en aquella santa provincia del Santo Evangelio, con mucho cuidado, en las cosas que le mandaba la obediencia, dando siempre muy buen ejemplo. Sucedió que fué á México, de esta provincia de Xalisco, el P. Fray Diego Carrasco, religioso grave, que después fué provincial; y hallándole en el convento de México, donde tomó el hábito, y fué su maestro el P. Fray Isidro Ordóñez, religioso de santa vida y de mucho aprecio en aquella provincia, el dicho P. Fray Diego Carrasco, que era actual definidor, le persuadió, conociendo su mucha virtud, se viniese con él á la provincia de Xalisco, lo cual él aceptó de muy buena gana, porque como era hombre de espíritu, había oído decir mucho de los varones apostólicos que ha habido en la dicha provincia, y de su mucha santidad; y así le dijo el P. Fray Diego Carrasco, que pues caminaba á pié, se fuese poco á poco y le aguardase en Celaya, como lo hizo; y llegado el P. Carrasco, se vinieron á Guadalajara, donde todo el tiempo que vivió el bendito hermano Juan de Jesús, dió muy grande ejemplo de santidad y virtud, ocupándose en limosnas del convento, y por todas las partes á donde llegaba, fué tenido y venerado por santo y siervo de Dios, así de los españoles